



Boletín Familiar



Publicación mensual. Órgano de formación integral Año XXII No. 206 Junio de 2021


Siervos de Jesús Sacramentado Juan Bernardino No. 650 Col. Chapalita Guadalajara, Jal. Tel. 3121-0585 secretariosjs@yahoo.com.mx

**Vosotros, pues, oraréis así:
Padre nuestro que estás
en los cielos,
santificado sea tu nombre.**

Mt.6,9



*Podemos invocar a Dios como "Padre"
porque Él nos ha sido revelado por su Hijo
hecho hombre y su Espíritu nos lo hace conocer.*

presione sobre la imagen para ver un video 

Reciban un saludo y nuestro agradecimiento por la oportunidad que nos dieron de compartir con ustedes las reflexiones del Catecismo de la Iglesia Católica. En esta ocasión abordaremos la Oración enseñada por nuestro Señor Jesucristo. **Padre Nuestro.**

Al estar en la Presencia de Dios Padre, el Espíritu filial hace surgir de nuestros corazones **siete peticiones, siete bendiciones.** Las tres primeras, más teologales, nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro últimas, como caminos hacia Él, ofrecen nuestra miseria a su gracia. "Abismo que llama al abismo" (Sal 42, 8).



presione sobre la imagen para ver un video 📺

I. «Santificado sea tu nombre» El término "santificar" debe entenderse aquí, en primer lugar, en un sentido estimativo: reconocer como santo, tratar de una manera santa. Así es como, en la adoración, esta invocación se entiende a veces como una alabanza y una

acción de gracias (Cf. Sal 111; Lc 1, 49). Esta petición es enseñada por Jesús como algo a desear profundamente y como proyecto en que Dios y el hombre se comprometen. Desde la primera petición a nuestro Padre, estamos sumergidos en el misterio íntimo de su Divinidad y en el drama de la salvación de nuestra humanidad. Pedirle que su Nombre sea santificado nos implica en "el benévolo designio que Él se propuso de antemano" (Ef 1, 9) para que nosotros seamos "santos e inmaculados en su presencia, en el amor" (Ef 1, 4).

A lo largo de nuestra vida, nuestro Padre "nos llama a la santidad" (1 Ts 4, 7) y como nos viene de Él que "estemos en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros santificación" (1 Co 1, 30), es cuestión de su Gloria y de nuestra vida el que su Nombre sea santificado en nosotros y por nosotros.

II. «Venga a nosotros tu Reino» El Reino de Dios se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre. Esta petición es el *Marana Tha*, el grito del Espíritu y de la Esposa: "Ven, Señor Jesús". En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino!» (Tertuliano, *De oratione*, 5, 2-4).

III. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» La voluntad de nuestro Padre es "que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tm 2, 3-4). El "usa de paciencia no queriendo que algunos perezcan sino que todos lleguen a la conversión" (2 Pe 3, 9). Su mandamiento que resume todos los demás y que nos dice toda su voluntad es que "nos amemos los unos a los otros como él nos ha amado" (Jn 13, 34; Lc 10, 25-37).

En Cristo, y por medio de su voluntad humana, la voluntad del Padre fue cumplida perfectamente y de una vez por todas. Jesús dijo al entrar en el mundo: "He aquí que yo vengo oh Dios, a hacer tu voluntad" (Hb 10, 7). Sólo Jesús puede decir: "Yo hago siempre lo que le agrada a Él" (Jn 8, 29). En la oración de su agonía, acoge totalmente esta Voluntad: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42). "Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo" (Hb 10, 10).



presione sobre la imagen para ver un video 📺

IV. «Danos hoy nuestro pan de cada día» "Danos": es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. "Hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5, 45) y da a todos los vivientes "a su tiempo su alimento" (Sal 104, 27). Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es Bueno más allá de toda bondad.

“Nuestro pan”. El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

«A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, Él les promete darles todo por añadidura. (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 21).

“De cada día” «La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos. Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oímos cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que nosotros cantamos. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación» (San Agustín, Sermón 57, 7).

V. «Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden» Revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de separarnos de Dios y con esta petición, nos volvemos a Él, como el hijo pródigo (Cf. Lc 15, 11-32). Nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su Misericordia. Nuestra esperanza es firme porque, en su Hijo, “tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados” (Col 1, 14; Ef 1, 7). El signo eficaz e indudable de su perdón lo encontramos en los sacramentos de su Iglesia (Cf. Mt 26, 28; Jn 20, 23). Lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. Al negarnos a perdonar a nuestros hermanos, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia.

VI. «No nos dejes caer en la tentación» Esta petición llega a la raíz de la anterior, porque nuestros pecados son los frutos del consentimiento a la tentación. Pedimos a nuestro Padre que no nos “deje caer” en ella. Esta petición implora el Espíritu de discernimiento y de fuerza. Debemos distinguir entre “ser tentado” y “consentir” en la tentación. “No entrar en la tentación” implica una decisión del corazón: “Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón. Nadie puede servir a dos señores” (Mt 6, 21-24). “Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Ga 5, 25). El Padre nos da la fuerza para este “dejarnos conducir” por el Espíritu Santo. “No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito” (1 Co 10, 13).



presione sobre la imagen para ver un video 

VII. «Y líbranos del mal» Esta petición concierne a cada uno individualmente, pero siempre quien ora es el “nosotros”, en comunión con toda la Iglesia y para la salvación de toda la familia humana. La oración del Señor no cesa de abrirnos a las dimensiones de la Economía de la salvación. Nuestra interdependencia en el drama del pecado y de la muerte se vuelve solidaridad en el Cuerpo de Cristo, en “comunión con los santos”. En esta petición, el mal designa una persona, Satanás, el ángel que se opone a Dios. El “diablo” es aquél que “se atraviesa” en el designio de Dios y su obra de salvación cumplida en Cristo. Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros de los que él es autor. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas las desdichas del mundo.

Amén «Después, terminada la oración, dices: Amén, refrendando por medio de este Amén, que significa “Así sea” (Cf. Lc 1, 38), lo que contiene la oración que Dios nos enseñó» (San Cirilo de Jerusalén, Catecheses mystagogicae, 5, 18).



Ponte en contacto con nosotros
seleccionando cualquier



ícono



Bibliografía:

Catecismo de la Iglesia Católica
